

NADIE PARECIA

Cuaderno

de lo

Bello con Dios

DIRIGEN:

PBRO. ANGEL GAZTELU
JOSE LEZAMA LIMA

NUM. VIII. AGOSTO, 1943.
L A H A B A N A



*Je sens le noeud de plus en plus étreindre
Mon âme au bien de sa beauté,
Tant qu'il n'est mal qui la puisse contraindre
A délaissier si douce servitude...*

*Quelle sera la délectation,
Si ainsi douce est l'ombre de l'attente?*

MAURICE SCÈVE

Tangencias

DESPUES de haber inventado el cero, el príncipe Alef-Cero marchó a caballo hasta que el sueño le fué entrecruzado lanzándolo del caballo hacia la yerba cubridora de blandas rocas espongiarias. La flecha del caballo es su nariz. Interpuso su cuchillo entre la tierra y él, colocando después el escudo sobre el cuchillo con inclinación maliciosa, ya que por allí iba a pasar su sueño. Al recorrer el cuchillo la tierra, saltaba la fuente, pero moría la semilla. En los primeros naufragios del sueño se había apoyado con su arco somnoliento en la verticalidad de la fuente reciente, de tal modo que el arco apoyado de su entrevisto se acercaba horizontalmente; aumentando su potencia el chorro de la fuente tocaba al desprendido del aire y su sueño tan ligeramente que podía mantenerse horizontal sin abandonar el sueño que lo había desprendido del caballo. El sueño lo amputaba del caballo, sintiendo que al abandonarlo se abandonaba, pudiendo después readquirir la dureza infranqueable del mismo sueño cruzado sobre el reloj dentro del surtidor. De nuevo el caballo lanza por el sueño a su hialino tripulante. El caballo que saborea el arsénico, rechaza el polvo de carey. La carga lanzada por el caballo en el surtidor, insiste con su frente dulcemente apoyándose en el filo de la ventana. No es el inventor del cero, es el de la honda y semilla, el que espera que el agua se pudra para que empiece el recuerdo planetario de la semilla. El hombre maravilloso, por el contrario, esquinado en su jardín de losetas triangulares y losanges, cuclilla sus piernas y alonga sus brazos como un cisne nutrido con algodón diorita. Aún en la noche, tribuno gimnasta, desmemoriando, patinada acidez retrospectiva, acorralado por sus arañosos rítmicos, copiosos, estremecidos. En la medianoche, el caricortado de la semilla, cae con dulzura su cabeza en el filo de la ventana, que soporta también los dos pies del hombre en malla verde, anaranjada y gris de acero tejido, esquinándose en su jardín como la sogá de los puertos. Separados por el filo de la ventana, el hombre de tierra, enarca su ojo para escuchar más que para descubrir; mientras el gimnasta, en la misma medianoche de lo normal sobresaltado, alza y baja sus piernas con un ritmo que parece el recuerdo de una marcha por el río. Al depositar la semilla no pudo saber que estaba traspasada, apoyo para una noche lanzado del caballo. El gimnasta al pasarse bruscamente la diminuta bola gomosa con núcleo de acero, de la mano de humo recordado a la de oro mordido, abre ojos y linealidad en su cansancio, fatigándose para alcanzar altura, duración y peso del saurio. No es mucho que cuando lance los instrumentos con los que fortalecía su pulso, tropiece con una flor por cansancio, y cada cansancio monstruoso se paralelice con el terrígeno prendido escozor de la semilla traspasada por el hombre lanzado del caballo.

Maurice Scève

PARA Maurice Scève (1500-1564), la creación poética se une a una marcha singularmente audaz y secreta del conocimiento, y en ese sentido, este poeta es el héroe de la tradición más altiva y hermética de la poesía francesa. Maurice Scève no escribe para relatar, o para relatarse, o para hacer la ronda de la descripción lírica de sus juegos o de sus tormentos. Hace de la creación del lenguaje poético el más alto ejercicio del alma acordada con el misterio universal. Scève fué sin duda entre nuestros poetas el más frecuentado por preocupaciones cósmicas. Su *Microcosme*, estorbado por extensos fragmentos descriptivos y disertaciones científicas, sólo se salva por un pequeño número de pasajes de una belleza sorprendente. Su verdadera creación del mundo está en las cuatrocientas cincuenta décimas y otros cincuenta poemas que forman la *Délie* (anagrama de l'idée), que son casi todos de una intensidad mallarmeana, de una gravedad tal que los átomos del lenguaje parecen rezumirse en un metal de una densidad inexplicable. En una extraordinaria exploración del mundo, va constantemente a perderse al fondo de sí mismo, en el seno de la substancia original, para entregarnos los secretos escondidos a la muerte, y volver cargados de un mágico botín, dotado de una fuerza incorruptible. Por el ejercicio de la poesía el hombre desciende así en sus propias profundidades. Orfeo poseyendo en sí mismo el abismo, su camino de tinieblas y dioses infernales, soñando con una Euridice, menos buscada para liberarla que para hacer, contra la nada que se muestra a su alrededor, una delicada muralla invencible. En el vértigo de una inquisición devorante, Scève permanece conducido, sostenido, defendido por su amor, coraza, y filtro, mirra y cedro, radioso talismán opuesto a la Serpiente interior de la nada y de la muerte. Scève procede a una deificación nervaliana y fáustica de la mujer, erigida sobre el barro mismo del caos, la frente ceñida de todas las estrellas, igual al límite extremo del tiempo. Pero, mientras que el panteísmo femenino de Nerval tiene por objeto un fantasma casi arbitrario de la imaginación y de la memoria, es con su querida con la que Scève constituye su mito, la viviente *Délie* a la cual él confiere la eternidad. Por la prodigiosa mano del poeta, esta mujer deviene la sola mujer y su mirada y su besar son tales que sin ellos no hubiese conocido el mirar y el besar del mundo, y cuando su mano regala la cadera o el cuello del poeta, no es tan sólo por primera vez, es por la última y la única vez.

La *Délie* es sin duda la más fuerte y la más segura de las meditaciones poéticas. Scève marcha en sí mismo con pasos lentos y seguros. Estamos muy lejos de la Pléyade, de sus cantos de fontana, de sus campiñas pobladas de faunos y de hadas, de su cielo rumoroso de dioses. La tierra que puebla Scève no usa la máscara de las flores y los bosques, de las ciudades y los hombres, guarda desnuda al contacto libre del espacio su verdadera epidermis de astro. No encuentra otro alimento que la leche misma de la noche. No está suspendida de otros frutos que los racimos de fuego de las constelaciones fatídicas. Allí, donde se encuentra el reloj mismo del mundo, con sus grandes ruedas de astros bien aceitados, y el péndulo de los siglos, donde la sombra pasa por cada hombre sólo una vez, allí desciende Scève para reencontrarse con su inmortal amada. Ningún poeta se ha adentrado en un tal silencio.

THIERRY MAULNIER

(Introduction a la poésie française. Traducción: J. L. L.)

Volcán Errante

VOLCAN que pasas traslaticio,
como un total cometa,
prendiendo con la llama
de tu abismo dinámico la vida
(las piedras están grises y mojadas,
pero están granas, vivamente granas)
resplandor hondo y alto de otro extraño día
dentro del laminado día
¿qué inminente ser eres ?
¿hay palabra que pueda ser tu nombre?
¿qué semejanza tienes con nosotros?
Lo que prendes e inflamas.
¿Qué anuncia a nuestra estancia
vegetal, animal y mineral?
¿Cuál será el hecho, para quiénes?
Los animales y las plantas
te miran como el hombre, como yo.
Todos estamos gravemente deslumbrados.
Y ya se raja el aire,
se dilata el azul, se expande el agua;
todo va persiguiéndote hacia arriba,
todo hacia tí,
resplandor grana de otro día,
errante herida inmensa,
otro fulgor, otro calor, otro valor
de otra esperanza.

JUAN RAMON JIMENEZ

Washington, 1943.

La Dosis Marina

CUANDO uno principia a vivir se ve en un futuro próximo como algo que va a ser grande; y cuando uno comienza a declinar se ve muy pequeño, acaso más pequeño de lo que es.

Estos engaños ópticos no sorprenden a los que hemos nacido junto al mar, a los costeros. Yo, al menos, me familiaricé muy pronto con los tamaños falsos que presentan los buques en la lejanía y en la proximidad. Vistos desde tierra, en la línea del horizonte, son poco mayores que un punto y, vistos en el puerto, son excesivamente grandes. Con los años y viajes se convence uno de que en el mar no son chicos ni grandes, que cualquier tamaño es bueno si el barco está bien construido. Los mayores trasatlánticos son cosa leve y diminuta en medio de los anchurosos mares. Ningún barco pequeño, por pequeño que sea, es insuficiente si tiene condiciones marinas y un buen capitán.

Yo nací un día de tempestad, a eso de las tres de la tarde. Muy cerca de mi casa, a cuarenta metros, se perdió un bergantín, deshecho contra el rompeolas.

Cuando mi madre me contaba esto se me ensombrecía el alma, quizá por superstición. ¿Qué significaría ese naufragio en mi vida? ¿Auguraba algo? Considerando que las tempestades no son frecuentes en Málaga, subía el valor del signo; si es que lo era. Afortunadamente no llegó a ser idea fija en mí, ni mucho menos.

En estas de introspección que dedico a los socavones de mi vida ha surgido aquel naufragio como surgirán otras cosas que en este momento yacen en la oscuridad todavía. Las cosas que debo a la marina, a la playa y al mar. Porque, resulta que yo he vivido mis primeros dieciocho años en un escenario marino; antes que hombre de tierra adentro he sido hombre y niño de mar. Y de mar de Málaga que comienza a ser diferente de otros mares en el color del agua, y en el sabor y la clase de los peces. En muchos lugares del planeta se conoce a Málaga por "la tierra de los boquerones". Y si se la conoce también por sus vinos, tendremos en que es sitio tan original en sus playas como en sus montes.

Lo más antiguo que yo recuerdo de la playa es el olor. Y siempre que he vuelto a Málaga, cuando todavía me faltaban kilómetros para llegar, me he asomado a la ventanilla del vagón con el ansia fuerte de oler la playa. Frescura tónica: de yodo y brea difundidos en la vagabunda brisa.

En la playa conocí el dolor del trabajo. De un trabajo idéntico al de los Apóstoles, los pescadores hebreos elegidos por Jesús. Porque el modo de sacar las redes, lo que se llama en aquel país "sacar el copo" es idéntico al de los antiguos Egipcios, y es de suponer al de los judíos.

Mis recreos en la playa consistían en manosear la

arena caliente, hundir mi mano en la arena, sacar un puñado y desgranarlo en el aire. Me recreaba también examinar las formas del erizo y de la estrella de mar, tan distintos en forma y color. Me recreaba comparando las variedades de concha. Pero lo que me llegaba más hondo era el movimiento del agua en la orilla, aquel jadeo, aquella especie de respiración casi humana, aquel pequeño empuje seguido del pequeño retraimiento, productores de un ritmo acompasado que me embriagaba.

Yo no tuve amigos o conocidos en la playa, como los tuve en el campo, pero a simple vista diferencié desde niño al hombre del puerto y al hombre de playa, al cargador y al pescador. El hombre del puerto era bronco, duro, pendenciero, agresivo; el pescador, hombre callado, lento, sufrido, humilde, en general. Siendo ambos tipos costeros, el pescador se puede emparejar con el labriego, mientras que el cargador, estibador, barquero de escalerilla y demás hombres de puerto son productos capitalinos, y ya dije que la capital enfiera.

Yo viví entre unos y otros. Les oía, les seguía en sus movimientos, me enteraba de sus instintos. Los cargadores, los arrumbadores, los estibadores formaban corros en el muelle cuando no tenían trabajo; y con las manos atrás o con los brazos cruzados afirmaban sus troncos hercúleos, con aire de desafío. Confieso que mis simpatías iban hacia los pescadores alejados del muelle y lindantes con el campesino. Porque había también pescadores feroces, los que trajinaban en el barrio conocido por "La Pescadería", donde el hedor y las voces me repugnaban.

Los productos marinos acumulados son oponibles a los productos del campo. Llegan a ser hediondos; mientras aquellos pueden ser fragantes. Y aquí vuelve la diferenciación por el olfato que tanto me sorprendió de niño. Cualquier ciego puede saber si está en un tomillar y en una huerta, o en una pescadería. Y es que el mar encierra vidas, mientras el campo exhibe "naturalezas muertas". Y lo que es vida tiene una putrefacción más nauseabunda que lo no animal.

En el último año de estudios del bachillerato nos llevó el profesor a un lugar muy cerca de Málaga, a 6 ó 7 kilómetros y nos mostró unas ruinas fenicias, unos muros en el suelo que no nos decían nada. Pero él nos explicó que eran restos de fábricas de salazón. Este primer contacto del niño con la historia viva le llegó muy hondo. El niño pensó en los siglos que Málaga llevaba viviendo en parte de lo que sacaba del mar. Comprendió que el mar es riqueza, más riqueza que una mina de oro, por ser inagotable. La mirada interna del niño se fué hacia un pasado más lejano aún, hacia los

primeros hombres que sentaron el pie en las playas de Málaga. Y tuvo la primera impresión de la continuidad de la vida. Años después, viendo estatuas fenicias y romanas volvía sobre aquella impresión y consideraba las figuras como reales antepasados míos, como parientes lejanos que habían luchado con el mar y con los hombres en aquel pedazo bellissimo de tierra que se nombra Málaga.

Tierra vieja, de muchas civilizaciones, de mucho flujo y reflujo. Si escalaba las ruinas de la Alcazaba para divisar el mar desde lo alto, me inundaba el cuerpo una sensación de lejanía y de hundimiento, una verdadera inhibición, tan sabrosa como caliente. Pensaba en los moros que se pasearon por estas callejas y se asomaron a estas mismas ventanas cuando todavía no existía la saliente de tierra en que se afincó mi casa. Y pensaba que también aquellos moros dejaron sangre en la ciudad y que alguna gota de ella corre por mis venas.

En cambio, cuando en vez de subir a la Alcazaba me iba a la llamada "casa de botes" para lanzarme a remo en la bahía y fuera del puerto, como los esquifes eran de traza inglesa, pensaba en la vida sabia de los ingleses radicados en Málaga, en los sitios más estratégicos por su belleza. Todo lo inglés me parecía limpio y distinguido, empezando por el cementerio que resultaba lindo

jardín en vez de hacinamiento monstruoso de temples falsos, losas coruscantes y selva de cruces de todos tamaños.

Cuando alguna vez he oído decir a los turistas fugitivos: "En Málaga hay poco que ver" he contestado: "En veinte años no se aprende a ver lo que allí hay". Y me daban ganas de continuar diciéndoles: "Solamente el mar y su acción sobre las cosas y los hombres basta para entretener una vida. Por el mar es algo más que un escenario para los ojos. No es el agua que comienza en la orilla y sigue más allá del horizonte; es también el yodo que desprende y, a caballo sobre el airecillo juguetón, se cuele por los ramajes, las rejillas, las callejuelas y penetra hasta la Catedral. Cuando el aire sopla de Levante, es decir, del mar, parece que llegan hasta el centro de la ciudad los ostiones, las almejas, las coquinas, cien pescados y mariscos sabrosos, y que se nos acercan las velas hasta flamear en nuestro costado. El mar está en nuestra vida como una solera imborrable. Si la gente caracolea en su andar y en su lenguaje, se debe al mar; si gallea y se encrespa se debe al mar; si es remolona se debe al mar; si es fantástica se debe al mar. A este mar, no a otro. Porque hay tantos mares en el mismo Mediterráneo como puertos de mar".

(Concluye en el próximo número.)

JOSE MORENO VILLA

México, 1942.

Poesía en José Lezama Lima

Podrás siquiera decirme qué estado es el más contrario a ese estado de horrible repugnancia, de lucidez homicida y de inexorable nitidez.

Cuanto pasa del estado agobiado al sutil pasa por el movimiento de fuego y de luz.

VALÉRY

EL encontrar al hombre en su mejor instante y desplegado perfil; el verle trasegar sobre sí mismo apuntando e integrando su propio ser, con brazos tentaculares sabiamente manejados, trae en fruición al ojo vivaz el romper de la fruta abriendo sus esencias; y el placer—impudor—de brindarse sin dejar de ser el Uno mismo.

Al quebrar el silencio, ante todo cálculo, nos unimos

al vacío por haber desgajado de nuestro árbol la rama adormecida, quizás aquella rama que el humo de nuestro tabaco había adormecido. Aquella rama sin pudor que había vencido el miedo del papel en blanco. El miedo obligado a mantener silencio. Y se congratulaba en ser nuestra obra efectiva, y en andar en manos de los demás como un secreto de cama robado en el íntimo instante, saltando sin velo ante los ojos. Es imposible desuncir el hombre de la obra, pero sí es posible el mirar a la obra como un desprendimiento impudoroso: el último secreto manuscrito. Así encontramos—puñal de doble filo—, esta ausencia madura que ha dado voz al silencio, y abre el camino hacia el trecho final: sublimación y reencontro. Hacia la total integración del ser, solar esponja (paradoja pascaliana) que resume al tacto la última luz, el definitivo gesto.

Entremos sin más, abiertas las narices en busca de las esencias que fluyen y circulan a través del cuerpo integrado... o en sus vías.

Poesía abierta o poesía cerrada. Vaciedad asquerosa o plenitud oscura, no admiten escogitación. Nuestro tiempo, dice Valéry, se debate en futilidades, y es de recordar que la futilidad es amplia, sin horizontes, de transparente mediodía. Hay que introducir en las mentes nuevas el severo sentido de la medida, esencia griega, y el concepto de la limitación que han sido "volados como anillos" por la desorbitación romántica. Lo que no tiene límite, no tiene fondo. Lo que no tiene fondo no posee sentido. El poeta se mueve hoy como un filósofo cuadrado en posesión de esencialidades de pura poesía.

Lezama advertido del entrecruce de líneas que le imprime el tiempo, como resaca de olvidos en ascensional histórica, decide su modo de poesía. Responde a la urgencia impuesta con un pleno movimiento de integración y finalización. Cierre de una etapa poética. Todo cierre es nacimiento. Como toda muerte no se resuelve en su finalidad sino en el puro acto aislado de morir. Así llegamos a esta poesía que encierra la X de ser un puro acto. Como puro acto quedará grabada su gracia en minuciosos perfiles.

Hemos repetido la palabra integración con cruel insistencia, y tiene su gran haber en este ensayo de resplandor oscuro. La palabra lleva en sí misma la idea. La diversificación de planos ajustados en un proceso ascensional. Podríamos imaginar la verificación funcional de la poesía como un problema matemático en que no se puede volar un solo dato. O usando palabras del propio Lezama: la imposibilitación de una originalidad perpetua. Como en filosofía no podríamos abandonar la idea de Descartes y Kant como torso y Husserl como culminación de ese proceso ascensional y angustioso. En poesía no podríamos prescindir de los grandes polos de integración: Góngora, Goethe, Valéry. Formando un triángulo en cuyo ápice pondremos como sublimación histórica a Valéry... *Autum voluntas...*

Se ha dicho de Lezama grotescamente, que es un director de orquesta donde luce la diversificación instrumental en boca de Góngora, Neruda, Valéry y Lope. Se sorprende la intención ligera que atenúa la falta. Nada más incierto que un Lezama sutil instrumentador de epifanías disímiles.

No hubiera sido nuestro propósito entrar en disquisiciones eruditas. Nuestro intento estaba preformado por una visión totalizadora ajena a todo recuento minucioso.

Acercándose a Góngora, severo, imperativo, de influencia trituradora, deslumbrante. Imbuído en la ola que dibuja la gracia de su propia comba para llegar a Valéry, elegante, medido—metron—de fragancias exquisitas. Dos poetas "con ese aire de raza, de gran señor hasta la punta de los dedos" como dijera Proust del gigantesco Palamedio, Lezama mantiene su gracia "sutil y evaporada" dejándose acariciar reiteradamente, sin llegar a rendirse en la insinuada pleitesía. Escapa sabiendo que corren como sangre virgen por sus propias venas. Y que él es resumen consciente. Pero resumen olvidado porque aflora, tras la sombra escondida, el hombre, el hombre propio nutrido de las savias puras, de la linfa deslizada en el labio al pasar crujido por el aire. Y Lezama, Prometeo liberado de su propia nutrición, se trueca en metamorfosis sin ocultar la densa sangre, y baña con su mirada, pupila reencontrada, la circunstancia, circundante excéntrico, convertida en rumor.

El peligro Valéry fué salvado por agudización y reconocimiento. Quienes han quedado prendidos en la egocéntrica llama valeriana tenían bañadas las pupilas. Hubieron de cambiar el Valéry diamante pulido, por el otro Valéry cuajado en el enfatismo de su forma: su modo preciosista.

En su resolución del módulo poético, apuntando a estados puros de idea y sensación, finalización esperada a través de Mallarmé, construye con estadios precalculados el templo; y ese templo donde el sentido se halla en los espacios que encierra, había de resolverse en la forma como acto al valor sutil del símbolo. Todo el peligro ha sido escudado. Los que no vieron así el proceso valeriano se prendieron en la forma.

La influencia de Neruda es falsa. Sólo un crítico ligero podría ver en los procesos de aceleración rítmica por el empleo continuado de subjuntivos, o el aletargamiento formal por la eliminación de puntuaciones de Neruda. Nada más opuesto a Lezama. Neruda poeta de exterioridad catastrófica. Lezama, un solo centro esponjoso y resumidor. Mientras en Neruda se da como carácter intencional el agolpamiento y repercusión en la fenomenalidad externa, nuestro poeta, muy al contrario deja resbalar "el rumor enemigo" en un tamiz sin desesperaciones de indiferencia creadora. Sólo llega al supremo equilibrio en la pupila hiriente y compensada, sin obnubilaciones, que se abre en la secreta sonrisa.

En el proceso poético de Lezama hay una aceleración de sensibilidad. El símbolo corresponde al encuentro con la señal perdida que sólo en el humo puede redescubrir la afinación que ausenta los espacios inconcretos. Y se da en su tacto de dedos afilados y blandos, como temerosos de herir al aire cóncavo, tan lleno de corpúsculos imperceptibles una doble presencia de Proust. Aquella captación de hilos inasibles que van de estrella a estrella o de sonrisa a sonrisa, o en el vientre agasajado de una mujer en embarazo, tan cuajados de esencias que sólo se revelan en el silencio asequible del íntimo regocijo. Ausencia y presencia. O como yo imaginaba a Proust, escribiendo en un cuarto limitado por grandes cortinas, sobre cuyo aire flotaba centrado de exquisitas insinuaciones el humo del cigarrillo como volumen concretador. Cualidad insinuada en un espíritu de sutilidad esenciada.

La aprehensión de la línea adivinada alienta la condición metafórica. Y la situación momentánea en multitud de planos para resumir en el instante agraciado todo el sentido circundante. Sentido solo habido en el símbolo, centauro de función bifronte, y no en la visión de vuelos de pájaros, aturdidos de frío y pupila nublada. La metáfora no puede ser y no es en Lezama un espejo pleno de alteraciones lumínicas. En la metáfora vive el espejo cóncavo de deformación preconcebida, en que podríamos aislar cada rayo de luz y captarlos en su formación simbólica de gracioso instante. Sin caer en los abultamientos formales nerudianos, manteniendo la alada esencia de intención evaporada y fuga, como toda gracia es la fuga final. Luce alejado el señero poeta de ambición alentada y perfil domado. Inspirando a pulmón lleno, de mil nervieillos tentaculares, enredado en las huídas gracias de silencios nocturnos y pasando al espejo sin engaños como al caer las aguas alientan el recuerdo fugado a la memoria. Y de nuevo alentado, con el aire vaporoso que escapa en la respiración profunda para

formar la nube y verla definida como barca sin viento, caer plenamente en el tiempo de toda historia:

*"Defíneme, no es en mis pasos, es en mi estatua
donde el tiempo me muerde y así en las arenas
que caen de mis manos, está el tiempo mejor,
único tiempo creador sin su par y no el costado
sangrando hasta el ocaso, sino la frente:
estatua del ciempiés y un solo centro."*

Si en la estatua donde no hay perfil borroso, en la estatua que lleva la comba graciosa del ciempiés o del pulpo que tiene un solo centro. En las fuentes hay espejos y el agua es espejo que recuerda. No olvida. Porque lleva su memoria en el mínimo átomo o en el inesperado desliz caído a la arena.

Clavado en la posición elegante de ser su propio centro y en espera de los hombres hincados, Lezama recorre su *rumor enemigo* como torvo silencio. A su llamada no ha habido respuesta. Nuestra crítica tan golosa de reencuentros vacuos, perfil de pupila chinesca, no ha sabido descubrir este sutil enemigo que es la esfinge de su propio enigma. Ha pasado por debajo de las mesas como aire temido. O huyendo del banal contacto de los dedos manuscritos de los archiveros. O delante del espejo, como una aparición rilkeana, ha enseñado la lengua al burgués dominguero y pajizo, sin nervio central para soportar sustos:

*"Sin embargo nadie ha dicho que la hoja verde
(sea una concha.
Nadie ha dicho que el pez se emocione.
Nadie ha dicho que la concha sea una hoja
(verde."*

Nadie lo ha dicho y recordamos a Elstir que tapaba a Dios para no saber sus nombres y resolver su ecuación. Y nadie lo ha dicho. Como no hubieran dicho que la sílaba final de *Guermantes* imprimía un delicioso color malva.

Seguir mirando con la sutil indiferencia y ver pasar, en un delicioso escamoteo, todo lo real como perfil deslucido por la insistente lluvia que no refleja el espejo. Y a veces sentir ese frío que convoca en su dual función a nuevas torceduras, en *Queda de Ceniza*

*"Al llover sobre el cerco deslucido
tú mismo, confundido,
ya confundes la gracia
del manantial seco y del jazmín
torcido de tu sueño.
Frío medialuna convoca
siniestras aguas a nueva torcedura..."*

Y ver pasar es el íntimo secreto. Quien no ve pasar escapa de sí mismo porque se desorbita. No se logra en perfiles.

*"Vencedores y azules penetrantes
escuadrones de guerreros mustios."*

Al abrirse las puertas como pupilas de pestañas afe-
rradas. Sin cosmicidad desaforada. Ese *rumor enemigo*
tan presente que obliga a la final concreción. Y a la
pupila con sueño en incesante vigilia. Ese *rumor enemigo*
que es nuestro rumor en ausencia. No hay peligro. Las
garzas en su vuelo de hastío han sido sorprendidas como
esquifes veleros en el mar de infinito fastidio. "El fas-
tidio, el claro fastidio" que sustituimos por esa plenitud
de planos ensimismados por temor al horrible bostezo.

Y hay que pasar por el mismo puente evitando el con-
tacto. Poniendo los pies flexibles y apuntados, como
Actité de tensos torbellinos. Ese puente formal donde
puede caer una mariposa o aquel canario con la pupila
aterida. O aquel borracho, o la mujer embarazada que
hace sombra con su vientre sobre el rastro abandonado
en función de doble vida. Es la última partida de ajedrez
del rey hurgado en elegantes armiños, a la caricia ven-
dida del lebrele estirado. Para morir cosido con el puñal
olvidado a la espalda, como agujas sin fin; abandonado
en el fragante gesto de la fidelidad nocturna.

Lezama abraza su gesto de pura poesía con el calor im-
palpable de sus múltiples gestos. Su soledad burlada por
el laberinto tentacular que se resume en las incitaciones
externas. Y su afirmación a solas, cuando devuelve la
corriente sugeridora en reflejos que han palpado su in-
timidad. Su índice y pulgar unidos, el labio vuelto sobre
sí mismo, como destellos únicos en espera del ajeno aire
de tactos blandos y acodados en la señal hiriente. El
índice y el pulgar resumen su cabal retrato. El poeta
dice Lezama, es el hombre que crea en la nada. Por pa-
radoja parmenídica, así es. Los puros opuestos se resu-
men. La pura nada y el puro todo. El hombre abierto
al mundo, como decía Scheler, ese acto exquisito de
sublimación, se resume en el símbolo del pulgar y del
índice: la aprehensión de lo mínimo corresponde a la
presencia de lo total. Sublimación en la sensibilidad.
Sensibilidad e idea. Identificación.

La representación que tengo de Lezama no tiene co-
rrespondencia verbal. Pudiéramos decir de él como un
diablillo cartesiano que nos sopla al espíritu el aire pa-
sado por el tamiz de su exquisita sensibilidad. Habla-
ríamos de Lezama como de un hombre integral, alusión
de Keyserling, quizá el único hombre integral que te-
nemos a la vista.

Dios perdona y perdonamos el torvo silencio de los
hombres asustadizos. De esos hombres que no han po-
dido auscultar, por cobardía, esa esponja total, único
poeta, en esta Isla sin caricias nocturnas, aletargada en
el fastidio de sus caricias almibaradas.

Y así como en los viejos cuentos este ensayo termina
donde habría de empezar. Sólo una idea salva la in-
tención: la del posible retorno. Retorno de dedos afilados
y pulposos, sin requiebros violentos ni silencios des-
aforados.

LUIS ANTONIO LADRA

Empozamiento

*CADA vez más fuerte la lluvia y el destino.
Yo soy el que está en la noche lluviosa,
y sobre el silencio ondulado de los techos
corre el agua, corre soledad.*

*El tropel de los pies de la lluvia que llega
en mi alma engañó un breve eco risueño,
despertó mis desiertos;
mas estas horas y horas de seguir,
letanía de cielos cada vez más pesados
hace más cruel que cual noticia de esperanza
me llegara su primer rumor.
No es la lluvia del día, clara, que tiene cielo,
sino la de la noche lluvia oscura.
Negada al sueño la fronda de la noche,
sacudidas sus ramas, azotadas
por los vientos fantasmas,
y sus rocíos negros, desvelados.
Desnieve de las estrellas, la noche descendida,
rasgada,
torrentes de la noche, las sombras alicaídas.
La lluvia-noche. No ya noche la lluvia.*

*Cortado de los seres, soy un pulsar
con la noche y la lluvia, que niegan compañía
y se juntaron para negar, en mí,
la mañana nueva.
Y debajo de la noche que toca mis hombros
los vientos me traen y llevan los cabellos por la frente.
El rumor de la lluvia parece un trabajar sobre mi techo
olvidado de mí bajo él languideciendo.
Las estrellas se repliegan, entre bosques de sombras, desvariando.
Mi médula es de agua; agua y oleajes la noche;
y cada gota me cansa con un decir sólo empezado.
y de cada gota sólo me sobresalta
su retorno al silencio.*

No un Olvido sino un No Fué

No un Olvido sino un No Fué.

Nada del ser, ni aún algo que lo olvide.

El Inmortal Todo aquí yace.

La Cesación:

Sobre telas de un mar inmenso y vano

corre en rumor eterno y vano viento.

Vano atareo de lo que no es.

El Espectáculo de nadie.

Monótono de la Lluvia

*EN qué instante de la tierra, en qué rincón de un tiempo
hay un recuerdo hacia mí?*

*En pulso de qué mente, persona de qué sueño,
en qué memoria estoy?*

¿Para quién soy alguno y quién sabe que existo?

*¿Debajo de qué estante, en qué sótano de iglesia,
tras qué mata de yuyos hay un pensamiento alcanzándome?*

Ni siquiera un olvido soy.

Para mi muerte y vida no suspiros.

Sobrevivientes No Haya

*No en ojos con día
lágrimas por el ya transitante de la noche.*

*No quien desde el día, si con lágrimas,
despida a un ya lejano en la noche.*

*Hagámonos la inseparable muerte
de un unido vivir.*

*No quede quién más muere: el que quedó en el día.
Su dolor es más muerte; y con más muerte abrumba
el ser de los ya idos a la noche.*

ADOLFO FERNANDEZ DE OBIETA

Buenos Aires, 1942.

Espiga Alta de Siempre

CAPITULO I

UN DIMINUTO INCIDENTE QUE MUESTRA UNA APTITUD HEREDITARIA EN EL USO DEL CUCHILLO

HABIA una anhelosa vigilancia de ojos visibles e invisibles sobre la infancia de Willoughby, el quinto descendiente de Simón Patterne, de Patterne Hall, iniciador del linaje, abogado, hombre de sólidos talentos y robusta ambición, que conocía bien el modo de fundar una Casa, y poseía el don de decir "No" a esos primeros agentes de destrucción: los asedios de los parientes. Lo decía con un resonante énfasis de muerte a los hijos más jóvenes. Porque si el roble viene a parar en un majestuoso árbol, nosotros debemos precavernos contra el amontonamiento de maderas. También el árbol acosado de parásitos no prospera. Una gran Casa vive en sus comienzos, a decir verdad, por el cuchillo. La tierra se adquiere fácilmente, igual que los ladrillos; y la esposa y los hijos vienen de sólo desearlos; pero el uso vigoroso del cuchillo es un don natural y engrandece. Los Patterne pobres eran muchos cuando la quinta cabeza de la familia era la esperanza de su distrito. Un Patterne estaba en la infantería de Marina.

La región y el principal de esta familia fueron informados simultáneamente que existía un Teniente Crossjay Patterne, en el cuerpo de los famosos y bravos peleadores, por medio de uno de esos actos de heroísmo frío y modesto que enardecen la sangre británica, realizado por el joven oficial en el asalto de cierta fortaleza ribereña en alguna parte de la costa de China. La mocedad del oficial se supuso en virtud de su grado, y acaso asimismo de la relación de su modestia: "solamente hizo su deber". Nuestro Willoughby estaba entonces en el Colegio, émulo del generoso entusiasmo de sus años, y fué extrañamente impresionado por el reportaje y la aparición de su nombre en los periódicos. Pensó en ello algunos meses; luego, al entrar en posesión de su título y de sus dominios, envió al Teniente Crossjay Patterne un cheque por una suma que ascendía al pago de un año del valeroso compañero. Al mismo tiempo mostraba su conocimiento de los fundamentales—químicos—principios de la generosidad observando a los amigos de la casa que "la sangre es más espesa que el agua". El hombre es un marino, pero es un Patterne. Por qué caminos un Patterne hubiese derivado hacia la marina era del orden de cuestiones insensatamente preguntadas al gran dispensador. En la carta de cumplimiento que acompañaba a su cheque, el Teniente era invitado a presentarse en el linajudo Hall cuando le con-

viniera y se le aseguraba que había dado a su pariente y amigo un gusto para la vida de soldado. Al joven Sir Willoughby le agradaba charlar de su "tocayo militar y distante primo, el joven Patterne, el marino". Era gracioso. Y no menos risible era la descripción de la hazaña de su tocayo: con el rescatado marinero inglés embriagante, y el violento estirón que hizo cautivos a los tres bravos del dragón negro en un país amarillo, y el amarrarlos espalda con espalda, por sus coletas, y el arrojarlos dentro de nuestras filas sobre un recientemente diseñado estilo de marcha que inclinó a lo oblicuo, como los pasmados seis ojos de los celestiales prisioneros, porque no podrían irse derechamente. El humor de los caballeros de la casa está siempre altamente excitado con tales fríos hechos. Nosotros somos una isla pequeña, pero usted ve lo que hacemos. Las señoras de Hall, la madre de Sir Willoughby y sus tías Eleonora e Isabel, estaban aun más afectadas que él por la circunstancia de tener un Patterne en la marina. ¡Pero, cómo entonces; nosotros los ingleses tenemos sangre ducal en los negocios: tenemos, según nos dicen los genealogistas, sangre real en las industrias vulgares. Por todo nuestro orgullo somos un pueblo extraño; y usted puede estar ordenando carne de un carnicero de un Tudor, sentándose en las sillas de junco de un Plantagenet. En seguida usted puede... pero mantendremos su respeto. El joven Sir Willoughby hizo algo así como un héroe futbolístico de su lejano primo; y pensó ocasionalmente que su tocayo se contentaría con despachar una efusiva carta de agradecimiento, sin aprovecharse de la invitación a participar de la hospitalidad de los Patterne.

Una tarde Sir Willoughby estaba paseando, en un escampo, por la magnífica terraza de Hall, en compañía de su prometida, la bella y brillante Constanza Durham, seguido de corrillos de señoras y caballeros consagrados a tomar el fresco. Aconteciendo por casualidad, con su buena suerte habitual (llamamos a estas cosas que nos tocan del gran dispensario oculto, casualidad) ojear la avenida de tilos cuando ya iba a girar sobre sus talones al final de la terraza, discuriendo, ha de agregarse, con el privilegio de la pasión sobre su amor a Miss Durham, Sir Willoughby, que era cualquier cosa, pero no tonto, tuvo un presentimiento al divisar un hombre rechoncho que cruzaba el trecho enarenado entre la avenida y los escalones del frente de la casa. Decididamente *no* tenía el porte

de un caballero "con su sombrero, su saco, sus pies y cualquiera de sus cosas"; Willoughby seguidamente observó las señoras de su familia con el estilo bíblico de un caballero que de verdad tiene talante. Su breve impresión de la criatura era repulsiva. El visitante cargaba una maleta y traía subido el cuello del saco; su sombrero daba lástima; tenía la apariencia de un tendero quebrado que huye, sin guantes ni paraguas.

En cuanto al incidente tenemos que anotar que fué muy corto. La tarjeta del Teniente C. Patterne fué tendida a Sir Willoughby, quien la dejó en la bandeja diciendo al lacayo: "no lo reciba".

Se le había chasqueado acerca de la edad; se le había engañado miserablemente sobre la apariencia de aquel hombre que aseguraba ser su pariente en tan intempestiva facha. Y su agudo instinto le advirtió rápidamente lo absurdo de dar a conocer a sus amigos tan ahobachonado vejete, impresentable como el famoso y valiente Teniente el Marino, y más ¡como un miembro de la familia! El había hablado demasiado de aquel hombre, demasiado entusiásticamente, para ser capaz de hacer aquello. Un joven subalterno, aunque fuera de aspecto pa-

sablemente vulgar, se podría introducir con la ayuda del cuento heroico humorísticamente exagerado como defensa de su figura. Pero nada se podía hacer con un marino rechoncho y maduro. La circunspección le despidió de aquel sitio sin dejarlo hablar. Así lo hizo un caballero divinamente adelantado desde muy temprana edad en el arte de trinchar.

El joven Sir Willoughby dijo una palabra del rechazado visitante a Miss Durham en respuesta a su sobresaltada mirada: "Le mandaré un cheque", porque ella parecía personalmente ofendida y se le habían encendido las mejillas.

La joven no replicó.

A contar de la humillada partida del Teniente Crossjay Patterne por la avenida de tilos, bajo una acumulada llovizna, el corro de duendes, en atención a Sir Willoughby, mantuvieron una incansable observación de sus movimientos a todas horas, similar al simpático anhelo de los ojos de los monos enjaulados para la mano que los alimenta. Habían percibido una fresca revelación, una sutilísima manifestación de la antigua cosa de la cual él había nacido.

GEORGE MEREDITH, *The Egoist*

(Traducción de Orlando Alvarez.)

De «Los Sonetos de Nieve»

1

¡OH BLANCA! ¡Oh desnuda! ¡Nieve pura!
¡Qué ausencia de memoria la nevada!
¡Qué desnacer al ojo la mirada
Proclama, esquiadora en la blancura!

Playa mía de ayer, tibia llanura
Mediterránea amante que, dorada,
La huella de su pie, a mi pisada
Leve rastro de amor daba segura.

Exilio de lo verde, blanca muerta
Sobre el alrededor de mis suspiros,
Gabriela de mi mar, mi blanca yerta,

¡Cuál prado pisa el pie ya de zafiros
Que azulean la nieve en huella cierta
Y danme al vano oficio de seguiros?

2

EL ACERO grisea en el poniente
Del lento pez de soledad hastiada
Entre la falsa red de la nevada
Donde la despedida se desmiente.

Un barco gris resbala entre el silente
Emerger de los arcos y cortada
Queda en dos la paloma confiada
Al último pañuelo desde el puente.

¡Oh nave fantasmal de resbalado
Crepúsculo marino en la montaña!
Pez o nave de acero por la nieve

Más blanca de mi hastío consolado,
En flor de humor viril que ya me baña
El vaivén de la mano que se mueve.

BERNARDO CLARIANA

Middlebury, Vermont, 1943.

Signo

I

ROMPER esta tiniebla que me vela
ese fulgor que enflora mi cuidado.
Soltar la nieve que la vena yela
del agua que golpea mi costado.

Abrir del surco la obstinada tela
al sueño de la espiga coronado.
Desplegar a tu estrella la alta vela
a su dulce designio abandonado.

Y abrazarme a la llama, que reclama
triunfo que inapelablemente hechiza.
Figuras son que en la nocturna trama

oponen su pasión a la ceniza,
y lenguas de laurel y verde rama
contra el polvo que en sierpe se desliza.

II

V A por la fronda herida tu sonido
de encendido metal a fuego lento,
el viento que lo mueve conmovido
tiembla ante el verde fin del ornamento.

Conduzca el agua grave el instrumento
pulsando sombra y sueño hacia el sentido,
mientras que estrella fiel invoco y pido
doble la flauta la hoja del momento.

Hoja huída que así muestra el encanto
de hacer más vivo con su fuga el fruto,
ofrezca al viento su razón de canto

y al lento otoño pague su tributo,
mientras el agua enajenada en llanto
de la alta fronda porta el atributo.

ANGEL GAZTELU

1943.